

Camilo no podía creer aún que Robespierre le sacrificase.—«¡Ah, mi cara amiga! no puedes imaginarte lo que es estar incomunicado, sin saber por qué, sin haber sido interrogado, sin recibir un periódico! Es vivir y estar muerto á un tiempo, no existir sino para sentir que se está en un féretro. Se dice que la inocencia es tranquila, valerosa. ¡Ah! mi querida Lucila, mi bien amado, á menudo mi inocencia es débil, como la de un marido, la de un padre, la de un hijo! ¡Si fueran Pitt y Coburgo los que me tratan tan duramente!; pero mis compañeros, pero Robespierre, que ha firmado la orden de mi arresto; pero la República, después de todo lo que he hecho por ella! ¡Este es el precio que recibo por tantas virtudes y sacrificios!... ¡Qué hombres se dicen amigos míos, que se llaman republicanos, me arrojan en un calabozo, me incomunican como á un conspirador, á mí, que me he consagrado durante cinco años á tantos odios y peligros por la República; á mí, que he conservado mi pureza en medio de la Revolución; á mí, que no tengo que pedir perdón más que á tí sola en el mundo, porque tú sabes que mi corazón, á pesar de mis debilidades, no es digno de tí! Sócrates bebió la cicuta, pero á lo menos veía en la cárcel á sus amigos y á su mujer. ¡Cuánto más duro no es estar separado de tí!... Me llaman, vienen á interrogarme los comisarios del Tribunal revolucionario... No me han hecho más que esta pregunta: «Si había conspirado contra la República.» ¡Qué ridiculez! ¡Que pueda insultarse así á un republicano tan puro!

Desde este instante, Camilo perdió sus últimas ilusiones de salvarse.—«Adiós, mi cara Lucila, mi cara Lolota, dí adiós á mi buen padre. Tú ves en mí un ejemplo de la barbarie é ingratitud de los hombres; mis últimos momentos no te deshonrarán... Me he casado con una mujer celeste por sus virtudes; he sido buen marido, buen hijo; habría sido buen padre; llevo la estima y los lamentos de todos los verdaderos republicanos, de todos los hombres que aman la virtud y la libertad. Muero á los treinta y tres años, y aun me parece milagro haber pasado durante cinco por todos los precipicios de la Revolución sin haber caído en ellos, y que exista, y que apoye aún mi cabeza con calma en la almohada de mis escritos excesivamente numerosos, pero que todos respiran la misma filantropía, el mismo deseo de hacer á mis conciudadanos felices y libres, y á los que el hacha de los tiranos no alcanzará... ¡Consuélate, viuda desolada, el epitafio de tu pobre Camilo es más glorioso, es el de los tiranidas Bruto y Casio! ¡Oh, mi querida Lucila!, yo había nacido para hacer versos, para defender á los desgraciados, para hacerte feliz, para componer, con tu madre, con mi padre y algunas personas queridas nuestras, un edén. Yo soñé una República que todo el mundo hubiese adorado. Nunca pude creer que los hombres fuesen tan feroces é injustos... No se me oculta que muero víctima de mi amistad con Dantón. Doy gracias á mis enemigos por hacerme morir con él y Philippeaux... morimos víctimas de nuestro valor en denunciar á los traidores, de nuestro amor á la verdad. Podemos llevar con nosotros el testimonio de que en nosotros mueren los últimos republicanos. Perdón,

cara amiga, mi verdadera amiga, que he perdido desde el instante en que se nos separó, de que me ocupe en mi memoria: debería ocuparme más bien en hacértela olvidar. ¡Lucila mía, yo te conjuro á no morirte, á no llamarme con tus gritos, me desgarrarían desde el fondo de la tumba! Vive para mi Horacio, háblale de mí, le dirás lo que ahora no puede entender, que yo le habría querido mucho; á pesar de mi suplicio, creo que hay un Dios; mi sangre borrará mis faltas, las debilidades del hombre; y lo que he tenido de bueno, mis virtudes, mi amor á la libertad, Dios lo recompensará. Te volveré á ver un día, ¡oh Lucila, oh Anita!, sensible como yo era; la muerte, que me libra de la vista de tantos crímenes, no es una desgracia tan grande. ¡Adiós, querida mía, adiós mi vida, mi alma, mi divinidad en la tierra! Te dejo buenos amigos, todo lo que hay en la sociedad de virtuoso y delicado. ¡Adiós Lucila! ¡mi amada Lucila! ¡Adiós Horacio, Anita! ¡Adiós padre mío! ¡Siento alejarse delante de mí la ribera de la vida! ¡Te veo todavía, Lucila! ¡te veo: mis brazos cruzados te aprietan, mis manos atadas te abrazan y mi cabeza, separada del tronco, descansa sobre tí! ¡Voy á morir!» Loca de dolor, la desgraciada Lucila cuéntase que pensó en sublevar al pueblo, y que llegó al extremo de escribir á Legendre que asesinase á Robespierre.

Mientras tanto, los agitadores de los Comités apresuraban con febril actividad los preparativos del proceso. El presidente del Tribunal revolucionario, Hermann, y el acusador público, Fouquier-Tinville, hallábanse espantados ante la idea de tener que juzgar á Dantón. Tinville, además, era pariente de Camilo y le debía el puesto. Uno y otro manifestaban dudas acerca de la posibilidad de condenar; pero los mangoneadores de los Comités les llamaron para significarles que, si no andaban derechos, se les arrestaría á ellos mismos. No era tan fuerte su amor á la justicia y á la verdad que pudiesen resistir á la amenaza; uno y otro se rindieron á discreción, especialmente Hermann, que fué más allá de lo que se le exigía. Tinville y su sustituto Fleuriot-Lescot, hechura de Robespierre, estudiaron la lista de los jurados, borrando de ella á los que les ofrecían un tilde de duda, al extremo de dejarla reducida á siete, los absolutamente seguros, que por su debilidad ó sus compromisos no les habían de faltar.

El dos de Abril, por la mañana, Dantón y sus amigos fueron trasladados del Luxemburgo á la Conserjería. Al entrar bajo las siniestras bóvedas por las que habían pasado tantas y tan ilustres víctimas, dijo Camilo á los presos que se apiñaban en torno de los recién venidos: «Voy al cadalso por el delito de haberme compadecido de los desgraciados; mi único lamento, al morir, es no haber podido servirles.» Dantón ocupó el calabozo que había servido á Hebert y que había de servir á Robespierre. Tenía de vecino á Westermann, con quien hablaba en alta voz para que le oyesen todos. «En este día, precisamente, fué cuando hice instituir el Tribunal revolucionario, decía, por ello pido perdón á Dios y á los hombres. No lo instituí para que fuese el azote de la humanidad, sino para



impedir que se repitiesen las matanzas del dos de Septiembre. Lo dejó todo en un espantoso desorden; no hay siquiera uno que se entienda en el Gobierno; en medio de tantos errores, no estoy arrepentido de haber dado mi nombre á algunos decretos, que harán ver que yo no participaba de sus sentimientos. Todos son hermanos de la cepa de Caín; Brissot me habría hecho guillotinar, como Robespierre; yo tenía un espía que no me abandonaba nunca; sabía que iba á ser detenido. Prueba que Robespierre es un Nerón, el que nunca había hablado á Camilo Desmoulins con la afectuosidad que la víspera de su arresto. En las revoluciones, la autoridad viene á parar á manos de los más perversos. Preferible es ser un pobre pescador á gobernar á los hombres». Fabre sólo pensaba en que había dejado en manos del Comité de Salvación Pública una comedia en cinco actos, y temía que Billaud Varennes se la robase. Y no le faltaba razón para temerlo, porque la tal comedia, *La Naranja de Malta*, no se ha vuelto á ver.

El proceso marchó con la velocidad del rayo. En la mañana misma del dos de Abril, se llevó á los dantonistas al Tribunal, donde inicualemente se los mezcló en los mismos bancos con Chabot y sus compañeros, encausados por haber falsificado un decreto mediante dinero, y con unos extranjeros acusados de hebertistas: «refinamiento de perfidia, dice el testigo presencial Paris, que han usado á menudo los comités, y más frecuentemente aún Fouquier, confundiendo á los ciudadanos más probos, á los defensores más intrépidos de la libertad, con cobardes canallas y con los enemigos más declarados de la Revolución». Dantón protestó de esta promiscuidad, ahogando con su poderosa voz los toques de la campanilla presidencial.—«¿No oyes mi campanilla?» gritó Hermann.—«El hombre que defiende su derecho se burla de campanillas y levanta el grito hasta el cielo», respondió Dantón.—Camilo, usando de su derecho, recusó á uno de los jurados; no se le atendió. Cuando el presidente preguntó á los detenidos su nombre, edad y domicilio, Dantón dijo: «Me llamo Jorge Jacobo Dantón, abogado revolucionario y representante del pueblo; tengo treinta y cuatro años; mi domicilio, pronto la nada, luego el panteón de la Historia, me importa poco, antes calle y sección de Marat». Camilo respondió: «Tengo treinta y tres años, edad del republicano Jesús cuando murió, edad crítica para los patriotas». Secheller dijo á su vez: «Me llamo Juan María, dos nombres poco notables hasta entre los santos». En este día no se leyó más que el acta de acusación de los falsarios y de su supuesto cómplice Fabre d'Eglantine, asunto que no tenía nada que ver con el de los dantonistas y que se intercalaba pérfidamente, para echar sobre éstos la mancha de un crimen ordinario.

Los debates se abrieron al día siguiente, tres de Abril, por la mañana. De ellos tenemos un conocimiento muy completo, merced á las notas del jurado Topino-Lebrun, publicadas recientemente por Robinet en su trabajo *Proceso de los dantonistas*, y que rectifican en extremos importantes la relación inserta en el *Boletín del Tribunal revolucionario*. Dantón y los suyos vieron con extrañeza sentado á su lado á un nuevo acusado, el gene-

ral Westermann, que había sido detenido por temor de que tratase de sublevar los arrabales á favor de Dantón, é incluido en el proceso sin interrogatorio ni instrucción previa. «Pediré desnudarme delante del pueblo, dijo Westermann, para que éste vea mis heridas recibidas todas por delante, á excepción de una sola que he recibido por detrás: mi acta de acusación». Se procedió á leer el acta de acusación de Dantón y sus amigos, y luego se empezó el debate por la falsificación del decreto en provecho de la antigua Compañía de Indias. Cambón había sido llamado como testigo de cargo. Aunque el asunto del falso decreto en nada concernía á los dantonistas, Cambón comenzó su declaración atestiguando la conducta patriótica de Dantón y de Lacroix cuando su comisión en Bélgica y la traición de Dumouriez; y en cuanto á la falsificación, si recriminó á Delaunay, no aludió siquiera á Fabre d'Eglantine. Mal librado salió el fiscal de la declaración de este testigo, en vista de lo cual no se llamó á ningún otro de los de cargo. Fabre pidió que se trajesen los documentos que revelaban la falsificación del decreto, el principal de los cuales hubiese puesto de relieve su inocencia al tiempo que la culpabilidad de Chabot y Delaunay. El presidente, Hermann, que sabía esto, se negó; y ante denegación tan injusta, Fabre renunció á defenderse. ¡Cómo encaja aquí el adagio: quien á cuchillo mata á cuchillo muere! También Fabre había acusado en otro tiempo á inocentes; había vertido en el proceso de los girondinos una declaración que echaba una gran mancha sobre su memoria. Cierto que, en la causa del falso decreto, como él mismo dice muy bien, no solamente no era culpable, sino que merecía elogios por su conducta. Verdaderamente, era para desesperarse. Se le degollaba como cómplice de delitos vergonzosos, contra los que había defendido enérgicamente los intereses del Estado.

Llegó, al fin, el turno al gran asunto, que tenía espantados á los jueces y al acusador. Sus temores eran justificados. El terrible Dantón de los grandes días de la Revolución volvió á mostrarse de cuerpo entero. Nadie jamás defendió con tanto valor, con tanto brio y desdén, su existencia amenazada. De acusado tornóse acusador. Intimó, desafió á sus enemigos, Saint-Just y comparsa, á comparecer y sostener sus calumnias. Los estampidos de su voz de trueno llegaban hasta la otra ribera del Sena. Pidió que el Tribunal escribiese á la Convención para que ésta enviase comisarios á recibir su denuncia sobre el sistema de dictadura que seguían los comités; y el Tribunal se negó á cursar esta apelación. Solicitó entonces Dantón, y sus amigos con él, que se llamase á los testigos de descargo, en cabeza de los cuales figuraban diez y seis individuos de la Convención. Al pronto, lo negó también Tinville, conforme á las órdenes que tenía recibidas; mas luego, en virtud de las imperiosas é indignadas intimaciones de los acusados, prometió escribir á la Asamblea para que ésta decidiese. Entonces Dantón pasó á defenderse.

«Mi voz, dijo, que tantas veces habéis oído por la causa del pueblo, para apoyar y defender sus intereses, no necesita de esfuerzo para rechazar la calumnia.—Los cobardes



que me calumnian, ¿osarían atacarme cara á cara? Que se presenten, para cubrirlos con la ignominia y el oprobio que les caracteriza.—Lo he dicho y lo repito: mi domicilio será pronto la nada; mi nombre irá al panteón de la Historia. Mi cabeza está aquí para responder de todo... La vida es para mí una carga; tarda ya en llegar el instante de verme libre de ella».

El presidente, asustado de una defensa comenzada con este tono, le interrumpe diciendo: «La audacia es propia del crimen; la calma, de la inocencia».

«Sin duda, replicó Dantón con vehemencia, sin duda la audacia individual debe ser reprimida, y nunca se me ha podido reprochar de ella; pero la audacia nacional, de la que he dado constante ejemplo, con la que he servido tantas veces al interés público, este género de audacia es lícito, hasta necesario en época de revolución, y yo me honro de antemano con esta audacia. Cuando me veo tan grave, tan injustamente inculpado, ¿soy, acaso, dueño de mandar al sentimiento de indignación que me subleva contra mis detractores?... A los hombres de mi temple no hay dinero con qué comprarlos; en su frente llevan impreso el sello de la libertad, el genio republicano; ¡y á mí, á mí es á quien se acusa de haberme arrastrado á los pies de viles déspotas, de haber sido siempre enemigo de la libertad!... ¡Y tú, Saint-Just, tú responderás ante la posteridad de la difamación lanzada contra el mejor amigo del pueblo, contra su defensor más ardiente!»

El presidente vuelve á interrumpir, y Dantón continúa: «Pues bien, desciendo á defenderme, voy á responder á Saint Just, siguiendo el plan por él adoptado para atacarme. ¡Yo, vendido á Mirabeau, á Orleans, á Dumouriez! ¿Se ha olvidado que he sido nombrado administrador á despecho de todos los contra-revolucionarios que me execraban? ¿No sabe todo el mundo que he combatido á Mirabeau, que he contrariado sus proyectos cuantas veces los he juzgado funestos á la libertad? ¿No me presenté cuando quisieron sustraernos al tirano, llevándolo á Saint Cloud? ¿No hice fijar carteles en el distrito de los Cordeleros excitándolos á la insurrección? Estoy en toda la plenitud de mis facultades cuando provoqué á mis acusadores, cuando pido medirme con ellos... Que vengan, para hundirlos en la nada, de donde nunca debieron haber salido».

No era ya un acusado el que los espectadores tenían delante. Dantón agitaba aquella imponente cabeza cuya expresión tenía tanta grandiosidad; su voz, semejante al trueno, retumbaba en la sala, y saliendo por las ventanas abiertas, llegaba á oídos del pueblo, reunido en compacta masa á lo largo de las dos riberas del Sena. Y la influencia de la palabra de Dantón sobre el pueblo empezaba á sentirse. A diferencia de Vergniaud, que tocaba el corazón de los que le escuchaban por la dulzura de su voz y lo persuasivo de sus razones, Dantón arrebatava, electrizaba con el vigor de sus medios oratorios y arrasaba sin dejar tiempo á la reflexión.

A otra interrupción del presidente, Dantón respondió: «Nunca la ambición y la codicia

tuvieron poder sobre mí; nunca dirigieron mis acciones; jamás estas pasiones me llevaron á comprometer la cosa pública; todo entero á mi patria, he hecho el generoso sacrificio de mi existencia... Cuando Mirabeau quiso irse á Marsella desenmascaré sus pérfidos proyectos y le obligué á quedarse en el sillón. ¿Es de esta suerte como llegó á apoderarse de mí, á cerrarme la boca ó abrimela? ¡Qué rara cosa esta ceguera de la Convención nacional hasta hoy, qué milagrosa esta su iluminación súbita! Nueva interrupción del Presidente. Dantón prosigue:—«Me acuerdo, en efecto, de haber provocado el restablecimiento de la monarquía, de haber protegido la fuga del tirano, oponiéndome con todas mis fuerzas á su viaje á Saint Cloud, erizando de picas y bayonetas su camino, encadenando en cierto modo, sus fogosos corceles. Si á esto se llama declararse partidario de la monarquía, mostrarse amigo suyo, si por estos rasgos se puede reconocer al hombre que favorece la tiranía, en esta hipótesis confieso que soy culpable de este crimen...»

«Se me acusa de haberme retirado á mi pueblo, Arcis-su-Aube, en el instante en que la jornada del diez de Agosto estaba prevista, en que iba á empeñarse el combate de los hombres libres con los esclavos. ¡Cuán de otra suerte pasaron las cosas! Yo preparé el diez de Agosto..., regulé todas las operaciones y el momento del ataque.»—Aquí reivindica Dantón una sangrienta responsabilidad.—«Salí á la una de la mañana; fui á la Municipalidad declarada revolucionaria, y redacté el decreto de muerte de Mandat, que había dado orden de disparar sobre el pueblo».

Viril y contundente del uno al otro extremo, la defensa de Dantón se elevó á la más sublime elocuencia cuando, desbordando en amor á la patria y á la República, conjuró á sus enemigos á sofocar sus resentimientos como él sofocaba su cólera, para no pensar más que en Francia amenazada.—«Que los patriotas se unan, y entonces, si podemos vencerlos, triunfaremos de Europa!—Yo abrazaré á mis enemigos, añado, los abrazaré por la patria, á la que daré á devorar mi cuerpo.»—En un grito profético y soberbio dice:—«¡El pueblo despedazará á mis enemigos antes de tres meses!»—Desprecia la vida con la más estoica indiferencia.—«De dos días acá, el Tribunal conoce á Dantón. Mañana espera dormir en el seno de la gloria; jamás pidió gracia; se le verá subir al cadalso con la serenidad de una conciencia tranquila».

Aplausos estallaron en el público al final de varios párrafos. La agitación popular iba creciendo, en vista de lo cual, el presidente invitó á Dantón á suspender su defensa, pretextando que su voz se había debilitado y que necesitaba de descanso. Dantón no accedió sino después de haber obtenido del presidente la promesa de continuar al día siguiente en el uso de la palabra, para refutar los demás capítulos de la acusación que no había tenido tiempo de tratar. Se levantó la sesión. Por la noche, Fouquier-Tinville corrió al Comité de Salvación Pública, y expuso que no había medio legal de negar la comparecencia de los